



LECTURA
SEMANAL Y
POPULAR

10
Cents.

4ND 1 NUM. 22

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 22

30 MARZO
1926

SEMANAL
POPULAR

PRE-
CIO:
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la penúltima página).

- ¡Pues buscad!
- Ayúdeme vuestra señoría a encontrar a la hija de mi señor.
- Haré cuanto sea posible.
- Y yo tendré la satisfacción de poner a Consuelo en brazos de vuestra señoría.
- ¡Empiezo a tranquilizarme!
- ¡Mucho disimulo, señor conde!
- ¡Descuidad!
- Conviene que todos crean que vuestra señoría se olvida de este asunto.
- ¡Entiendo!
- Pues ahora, como nada tengo que hacer aquí, aprovecharé el tiempo en otra parte.
- ¿Necesitáis dinero?
- Ya lo pediré cuando llegue el caso.
- ¡Adiós, buen Andrés!
- Prepárese vuestra señoría a tomar el desquite.
- Con la ayuda de un hombre como vos, todo es posible.
- Despidióse el sirviente y salió.
- Llamó el conde para mandar que sirviesen el almuerzo.

CAPITULO LXVII

Cómo había llegado la condesa a su habitación

Antes de proseguir es preciso que digamos cómo pudo suceder que el conde de Rocanegra encontrase a la condesa en sus habitaciones, siendo así que ésta había ido a la casa de campo a llevar a María, y no debía volver sino con Leandro.

Así sucedió.

Llegó el carruaje, del cual salieron la madre y el hijo, con gran sorpresa del portero, que de nada se había en-

terado la noche anterior, pues si a la madrugada salió de su dormitorio, fue porque oyó llamar al conde, acostándose y durmiéndose profundamente cuando ya su señor hubo entrado.

—Perdone vuestra señoría—dijo el portero acercándose a la condesa—; pero ha venido un criado del comendador don Pedro de Saavedra.

—¿Andrés?—murmuró Leandro.

—El mismo.

—¿Y qué ha dicho?—preguntó la madre.

—Ha mostrado grandísimo empeño en ver a vuestra señoría; y como la doncella respondió que era imposible, quiso entonces hablar al señor don Leandro.

—Entonces, debe ya de saber que he pasado la noche fuera de casa.

—Lo sabe, y no ha querido irse, sino que ha subido para aguardar, diciendo que, si otra cosa no le es posible, hablará con el señor conde.

La madre y el hijo cruzaron una mirada de inquietud.

Si Andrés veía entrar a la condesa, se lo participaría al conde, lo cual produciría un conflicto demasiado grave.

Tampoco podía la dama retroceder para entrar en su casa más tarde, porque había el peligro de que su esposo quisiera verla.

¿Cómo salir del apuro?

Cuando dimos a conocer a la madre de Leandro, dijimos que todos sus criados se interesaban vivamente por ella y la amaban tanto como aborrecían al conde, y, por consiguiente, en cualquier conflicto podía la condesa contar con cuantas personas la rodeaban, así como había contado con la doncella.

Reflexionó algunos momentos la dama, y, adoptando una resolución, dijo al portero:

—¿Crees que soy capaz de cometer una mala acción?

—¡La señora es una santa!—respondió el criado sin vacilar.

—Pues bien; te juro que he salido con mi hijo esta madrugada para hacer un gran beneficio, para librar de horribles sufrimientos a una criatura muy desgraciada.

—Así lo creo.

—Pero conoces el carácter del conde, mi esposo.

—¡Demasiado bien!

—Si sabe que he salido...

—No es menester que lo sepa, pues aunque me maten, no lo diré.

—¡Gracias, buen Antonio!

—¡Ahora comprendo por qué Lucía no quiso responder terminantemente!

—Te advierto que ese criado del comendador es muy peligroso para mí.

—¡Oh! ¡Si yo lo hubiera sabido!...

—Tendrás la recompensa que este servicio merece.

—Por la señora condesa estoy dispuesto a dar la vida.

—Sube tú, Leandro—dijo la dama a su hijo.

—¿Y vos?

—Atravesaré el patio y también subiré por la escalerilla excusada que da a la cocina.

—¡Me tranquilizo!

—Y cuídate luego de que Perico haga las advertencias oportunas, para evitar que cometan una indiscreción el cochero o el mozo de cuadra.

—Todo se arreglará fácilmente.

—¡No te detengas!

Leandro subió.

Entretanto, su madre, después de dirigir algunas frases de gratitud al portero, atravesó el patio, entró luego por un estrecho pasillo, subió una escalerilla, y pocos momentos después estaba en la cocina, donde fue mirada con sorpresa profunda por los criados que allí había.

La condesa se detuvo y dijo:

—No me habéis visto; entendedlo bien.

—Señora...

—Y no habéis podido verme, porque todavía no me he levantado.

—¡Entendido!

—Si no olvidáis lo que acabo de deciros, me haréis un beneficio de gran importancia, que agradeceré y recompensaré.

Mientras así hablaba la condesa, dirigía a sus criados miradas que producían mucho mejor efecto que sus palabras.

Aquella mujer singular ejercía sobre todos una influencia mágica, influencia de que parecía mentira hubiera podido sustrarse su brutal esposo.

Ya podía estar segura de que ninguno de sus criados diría que la había visto aquella mañana.

Ninguna dificultad encontró para llegar a sus habitaciones, donde su fiel doncella la esperaba con tanta ansiedad como temor.

—¡Dios mío! —exclamó la sirvienta— Andrés...

—Tranquilízate.

—Está esperando...

—He subido por la escalera de la cocina.

—Será preciso prevenir al portero y a los demás...

—Ya está hecho.

—¡Entonces, nos hemos salvado!

—¡Desnúdame! ¡Mi bata!... ¡La cama!...

—¡Entiendo!

La condesa se quitó el manto y el vestido.

Púsose la bata y desordenó sus cabellos.

Lucía, que no necesitaba muchas explicaciones, des-
arregló las ropas del lecho.

Luego adoptó las demás precauciones que le parecieron

convenientes. Al entrar allí era preciso creer que la condesa acababa de levantarse.

—Me parece que no es menester más—dijo la doncella.

—Está bien.

—Pues voy a ver a los demás criados, porque bueno es hacerles una segunda advertencia.

—Sí

La doncella salió.

—¡Protegedme, Dios mío!—exclamó la condesa, elevando al cielo una mirada suplicante.

Luego tomó un libro de oraciones y se sentó.

No leía, ni era posible que leyese en aquellos momentos.

Como tenía la costumbre de dominarse, debía representar admirablemente su papel.

CAPÍTULO LXVIII

Declaración de guerra

Cuando Andrés salió de la morada del conde no se tomó la molestia de dirigir la palabra al portero, porque comprendió que sería completamente inútil.

Creyó que inútil sería también ponerse en acecho, porque Leandro no había de ir aquella misma mañana adondequiera que estuviese la hija del comendador, ni había de cometer ninguna otra torpeza por el estilo.

Pregúntose el sirviente si algo le era posible hacer en aquellos momentos; y como aun no podía trazar plan alguno, decidió ir en busca de Querubín, no porque creyese que el mancebo había de decirle lo que tanto interesaba averiguar, sino más bien para fijar la situación de los unos y de los otros.

—También—pensó el sirviente—puedo llegar a la casa donde vive Consuelo y ver si con el sastre entablo con-

versación que sea provechosa, para que el conde quede servido y yo haga un buen negocio.

Con tal propósito se encaminó a la costanilla de Santiago; y como tenía mucho en qué pensar, andaba despacio y se detenía con frecuencia, tardando así una hora en llegar a la morada de Consuelo.

Entró Andrés en el portal, se acercó al biombo y, con gran contento y no poca sorpresa, vio a Querubín, que hablaba muy alegremente con el señor Policarpo.

En los negros y expresivos ojos del atrevido mancebo revelábase una satisfacción inmensa, un júbilo sin igual.

—¡Vos aquí!—exclamó Andrés.

—¿Y por qué os admiráis?—replicó el hijo de la condesa.

—Porque he supuesto que a estas horas dormíais profundamente.

—Lo cual prueba—repuso Querubín sin vacilar—que sabéis que he pasado la noche en vela, deduciendo que necesito descanso.

—Sí.

—Pues si lo sabéis, no tengo necesidad de decíroslo.

—Señor Querubín, salí muy temprano y sin almorzar.

—En ayunas estoy yo también.

—Podríamos comernos una chuleta, una magra o lo que bien os pareciese, y entretanto hablaríamos como buenos amigos.

—No hay ningún inconveniente.

—Pues venid.

—Con mucho gusto.

No dijeron entonces más.

Salieron, y fueron a la taberna de la calle de Milaneses, donde ya los hemos visto otra vez.

Pidieron jamón, chuletas y sardinas saladas, amén de una azumbre de vino, y cuando los sirvieron y remojaron el paladar dieron principio a la conversación.

—Señor Querubín—dijo Andrés—, no supondréis que soy cándido hasta el punto de creer que habéis de revelarme ciertos secretos.

—Lo que supongo es que queréis ver hasta dónde soy franco, y aun quizá desvergonzado: desde ahora os prometo que sobre este punto no habéis de tener queja de mí.

—La verdad es que a tal extremo han llegado las cosas, que conviene saber a qué atenernos.

—¿Os gustan las situaciones claras?

—Sí.

—Pues a mí también.

—¿No adivináis de dónde vengo?

—Vos me lo diréis.

—De ver al señor conde de Rocanegra.

Querubín soltó una ruidosa carcajada y volvió a llenar un vaso, mientras Andrés decía:

—¿Por qué os reís?

—Lo sabréis, si no habéis de ofenderos.

—Hemos convenido hablar con franqueza.

—Pues bien; me parece que habéis sido cándido hasta un punto inconcebible.

—¿Por qué?

—Si don Leandro nada tiene que ver con el asunto que ocupa vuestra atención, no debéis perder el tiempo lastimosamente; y si es que tiene parte en la intriga, habéis debido comprender que le sobra inteligencia para adoptar toda clase de precauciones.

Andrés arrugó el entrecejo.

—Si bien os parece—añadió Querubín—, principiaremos por el principio, pues de otro modo no nos entenderíamos nunca.

—Ciertamente.

—Pues escuchadme.

—Ya os escucho.

—Ha desaparecido del convento de Santa Teresa la hija de vuestro señor; ¿no es verdad?

—¡Vive el cielo!

—Señor Andrés, tened entendido que lo que ha de suceder, sucede.

—¡También ha de suceder algún día que yo conozca al que se ha burlado de nosotros, y entonces!... ¡Tripas de Satanás!...

—El amante desconocido vale bastante para hacer lo que ha hecho, y, además, vuestro noble señor ha cometido la torpeza de proporcionarle auxilios muy poderosos.

—No os entiendo.

—Sabed que sin mi ayuda hubiera sido imposible que del convento saliese vuestra señora.

—¡Señor Querubín!...

—He decidido decir la verdad, y en lo que no pueda decirla callaré.

—Habíais prometido ser neutral.

—No tanto.

—Por lo menos, os mostrabais amigo de mi señor.

—Y le he guardado toda clase de consideraciones; pero él ha querido romper nuestra amistad, y la culpa no es mía.

—¿Que ha querido romperla?

—Sí; y no ha pensado que yo soy enemigo tan temible como buen amigo. Al comendador le hace mucho mal su orgullo, que le ciega hasta el punto de convencerle de que impunemente se puede mirar con desprecio a un pobre diablo como yo. ¡Oh! ¡Por más noble, rico y poderoso que sea don Pedro de Saavedra, y por humilde que sea mi condición, no está autorizado para engañarme, para faltar a solemnes promesas!

—¡Eso es imposible que lo haga mi señor!

—Os probaré lo contrario.

—En nada os ha ofendido.

— ¡Vive el cielo! ¡Más le hubiera valido a vuestro señor tener presente la fábula del águila y el escarabajo!

— ¡Que el diablo me lleve si os entiendo!

— En cara le eché la fealdad de su conducta, y de otra manera le hubiera exigido el cumplimiento de su palabra si no fuese tan viejo como es; pero le dije que me consideraba libre de todo compromiso: se encogió de hombros con indiferencia, y me respondió que no me tenía miedo ni para nada me necesitaba.

— Si no os explicáis más claramente...

— Vuestro señor conoce un secreto que me interesa mucho, y me prometió revelármelo cuando yo le diese a conocer al amante de su hija.

— ¿Aceptasteis la proposición?

— Pedí tiempo para reflexionar, y me fue concedido: me decidí, y cuando reclamé el cumplimiento de lo pactado, me dijo el comendador que ya el trato no le convenía, y con la misma boca que hizo la promesa dijo que no quería cumplirla.

— Algunas circunstancias, algunas razones...

— Sí; las tenía.

— Entonces...

— Pero no sabéis cuáles son.

— Decid, que el asunto es cada vez más interesante.

— El comendador había llevado a su hija a un convento, y don Leandro había prometido al fin casarse, todo lo cual hizo creer a don Pedro que no necesitaba auxilio de nadie ni debía temer a ningún enemigo.

Pensó el criado que también sus servicios habían sido rechazados, que su señor le había dicho que para nada le necesitaba, y, por último, que si le había participado su resolución de encerrar a su hija en una celda, no había querido decirle a qué convento pensaba llevarla.

Todo esto, como recordará el lector, había herido vivamente el amor propio de Andrés.

— ¡Rayos y truenos! —murmuró con voz sorda el criado— ¡Tenéis razón: el orgullo pierde a los grandes señores!

—Quedé, pues, en completa libertad.

—Y tal vez habéis sido vos quien ha preparado el golpe.

—Yo he sido.

— ¡Oh!

—¿No bebéis?

Andrés llenó de vino su vaso y bebió con avidez.

Querubín hizo lo mismo, diciendo antes:

— ¡Por la salud de los dos enamorados!

—Si Dios no me quita la vida...

—Creedme—repuso con calma el mancebo—: no os conviene tomar parte en esta intriga, porque quedaréis derrotado.

— ¡O no!

—El tiempo lo dirá.

—Ya he dado el primer paso, y daré el último.

—Dueño sois de vuestras acciones.

—Habéis justificado vuestro proceder y confesáis francamente que vuestro ha sido el plan, y que sin vuestra ayuda no hubiera salido del convento mi señora.

—Eso he declarado.

—Proseguid.

—Sólo entró en el convento el amante; desmayóse María, y en sus brazos la llevó, obligando después a que le ayudase al pobre demandadero. Mientras esto sucedía, otros dos amigos del amante penetraron también en aquella santa mansión, y por donde salió el uno salieron los demás.

—Ya sé que un coche aguardaba.

—No lo sabéis, sino que así lo habéis presumido; pero en eso es posible que os equivoquéis.

—Os he dicho que vengo de casa del conde de Rocanegra.

—¿Y qué ?

—Como el carruaje era el del conde...

—Si sobre ese punto tuviese alguna prueba...

—Os juro que...

—No juréis en falso, que hemos prometido decir la verdad.

—¡Mil rayos!

—No os enfadéis, señor Andrés, que el asunto requiere calma, y, sobre todo, pensad que si os alteráis no haréis bien la digestión del almuerzo.

—¿Os burláis ?—replicó el sirviente un si es no es amostazado.

—No.

—¿Y cómo lograsteis entrar en el convento ?

—He ahí lo que no puedo deciros, porque comprometería a una de las personas que nos han presado ayuda.

—Pues decidme qué es lo que se propone el atrevido amante.

—Por de pronto, ha evitado que vuestra señora se case con don Leandro de Sandoval.

—¿Y luego ?

—Me parece que, más o menos tarde, don Pedro habrá de ceder.

—No diríais lo mismo si le conocieseis como yo.

—Pues algún día se morirá don Pedro, lo cual ha de suceder cuando su hija sea muy joven todavía; y como ella llegará a disponer de sus acciones, cuando no necesite la licencia de nadie...

—Largo es el plazo.

—Pero se cumplirá, como se cumplen todos: más vale la dicha para dentro de diez años que nunca.

—Si otra esperanza no tenéis...

—Señor Andrés, ya sabéis aquel refrán que dice que

«hambre que espera hartura no es hambre», y aquel otro de que «más vale tarde que nunca»; de lo cual se deduce que si el amante misterioso no ha conseguido todo lo que desea, algo ha conseguido, y, siempre acudiendo a los refranes, como el buen Sancho Panza, añadiré que «más vale algo que nada».

—Estáis de buen humor.

—Siento no poder deciros lo mismo.

—Bien está todo eso; pero olvidáis que entretanto andará mal llevada y peor traída la reputación de mi noble señora.

—No puede suceder eso.

—Aunque su amante la respete, los murmuradores...

—Nada dirán, porque nada han de saber; y nada sabrán, porque buen cuidado tendrá vuestro señor de guardar el secreto; dejando que el mundo crea que su hija sigue en el convento; así como también callará la superiora de Santa Teresa, porque si hablase, perdería la comunidad no menos que vuestra señora.

—Por desgracia, discurrís demasiado bien.

—No lo olvidéis, por lo que pueda conveniros.

—Y como contáis con la protección de la señora condesa...

—Debemos dejarla en paz, que bastante desgracia es la suya con tener el marido que tiene: y ahora que del conde hablamos...

—Ninguna parte ha tomado en el asunto.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—En otro negocio no menos grave tiene grandísimo interés; y como debemos aprovechar esta ocasión para hablar de todo...

—Señor Querubín—interrumpió el sirviente—, me parece que adivino lo que queréis decir.

—Fácil es que lo adivinéis.

—Si pensáis hablar de Consuelo...

—Sí.

—En cuanto a mi señor, puedo asegurar que ya no se preocupa de esa pobre muchacha.

—Pero se preocupa el conde; vos también...

—¿Y vos?

—Tanto como el conde.

—¿Y por qué motivo os declararéis protector de Consuelo?

—Os daré una razón que, si no os convence, no da lugar a discutir.

—Sepamos.

—Lo hago porque quiero.

—¡Rayos!

—Es mi gusto, es mi voluntad, y no retrocederé.

—Os advierto que el asunto presenta muchos peligros.

—Más tal vez que el otro; ya lo sé.

—Al conde de Rocanegra le sucede lo que a mí.

—No conoce los escrúpulos, no tiene conciencia: eso nadie lo ignora.

—Arriesgáis...

—La vida.

—Y, en cambio, nada vais a ganar, puesto que para vos no ha de ser Consuelo.

—Será para mi amigo don Leandro.

—Tanta generosidad...

—O capricho.

—¿Es decir, que declararéis la guerra al conde?

—Y a vos también.

—Contáis con dinero, con el bolsillo de don Leandro.

—Y con mi ingenio y mi valor, así como vos dispondréis del bolsillo del conde.

—Y de mi valor y mi ingenio.

—Estamos iguales, y ninguno de nosotros podrá decir que su contrario tenía ventaja para la lucha.

—Eso es verdad.

—La diferencia consiste en que vos trabajáis por una mala causa, y yo, por una buena; y en que a vos os mueve la codicia, y a mí, mis nobles sentimientos.

—Esas apreciaciones son inoportunas.

—Algo he de decir mientras almorzamos.

—Deseo saber otra cosa.

—Preguntad.

—¿Estáis aún dispuesto a cambiar secreto por secreto con mi señor?

—No.

—Si tanto os interesa lo que el comendador os prometía...

—El tiempo suele cambiar el valor de las cosas.

—¿A qué se refiere ese secreto?

—Preguntádselo al comendador.

—¿Y si me lo revela?

—Que buen provecho os haga.

—No se comprende vuestra indiferencia.

—Yo soy así: un niño de quien no debe hacerse caso.

—¡Vive Dios!

—Olvidáis las magras y el vino.

—¡Es que hoy tengo el infierno en el alma!

—Yo, el Paraíso.

—De pensar que el honor de mi señora...

—¡Poco a poco, señor Andrés!

—¡En poder de su amante!...

—Bien guardada está; mejor guardada que en el convento y que al lado de su padre, pues antes los dos enamorados se veían a solas y de noche, mientras que ahora no se verán sino en presencia de personas muy respetables.

—¡Vos lo decís!...

—Y es verdad.

—¡Concluyamos, que me aguarda mi señor!

—He concluído.

—¿De manera que nuestra situación ?...

—Ya la conocéis.

—¿Decididamente protegeréis a Consuelo ?

—Hasta triunfar o morir.

—Y en cuanto al otro...

—Puede contar conmigo mientras me quede un átomo de vida.

—¡Pues que el diablo proteja a quien más le agrade!

—¡El último trago!

—¡A la salud del vencedor!

—¡Entonces a la mía!

Bebieron.

Quiso pagar Andrés; pero el tabernero no cobró, y tuvo que alejarse tan disgustado como preocupado, encaminándose a su casa.

CAPÍTULO LXIX

Cómo pagaba el comendador los servicios de su criado

Con facilidad se comprende en qué estado de ánimo se encontraba Andrés al llegar a su casa, y tampoco hay que decir que el comendador se sentía trastornado por la cólera, medio loco por la desesperación.

Estaba el anciano en su gabinete: unas veces se sentaba y quedaba inmóvil, y otras paseábase con muestras de profunda agitación.

Su situación era muy grave, y don Pedro la apreciaba con toda exactitud.

¿Qué le era posible hacer para remediar el mal y evitar sus consecuencias ?

Nada absolutamente, porque consideraba casi imposible averiguar dónde se encontraba su hija, y porque, aun consiguiendo averiguarlo, podían haber sucedido cosas de

mayor gravedad y que por cuestión de conciencia obligaran al severo padre a transigir con el atrevido mancebo.

Acostumbrado siempre a dominar, puede comprenderse lo que el comendador sufriría al verse contrariado.

Y no tenía el consuelo de desahogar su cólera; ni siquiera le estaba permitido hablar de su desgracia.

Sus criados habían comprendido que algo muy desagradable sucedía, y particularmente Juana daba tormento a su caletre para adivinar la verdad.

Miráronse sombríamente el amo y el criado, y éste, sin miramiento alguno, exclamó después de algunos momentos:

— ¡Fuego de Satanás!

— ¿Qué has conseguido? — preguntó el comendador.

— Convencerme de que mis sospechas eran acertadas; pero nada más.

— ¡No hay remedio, Andrés; no hay remedio!

— Pero vuestra señoría habrá de permitirme que diga lo que siento, por más que la verdad le sea muy desagradable.

— ¿Acaso crees que lo que ha sucedido es consecuencia de torpezas que he cometido?

— Perdone vuestra señoría.

— ¡Dilo sin reparo!

— Pues eso creo y eso es.

— ¿No he debido considerar bien guardada a mi hija en el convento? Me parece que sí, y tu opinión hubiera sido la misma, pues ya has visto lo que en mi casa sucedía. Tú eras el encargado de vigilar aquí, y en tus barbas se han burlado, entrando siempre que ha querido el miserable.

— Nada de eso olvidado.

— Pues si una de las noches que aquí entró hubiera

querido mi hija irse con él, ¿quién se lo hubiera estorbado ?

—Ciertamente.

—Entonces nada se perdía porque tu señora estuviese en el convento, pues ahora se ve que lo que anoche sucedió debía suceder en todas partes y más o menos pronto. ¡Oh! ¡Forzoso es convencerse de que no hay medio de luchar con ese hombre; y, por más que te ofendas, repetiré lo que otras veces te he dicho: que aunque vales mucho, no vales tanto como él.

—Si ese miserable cuenta con la ayuda de quien vale mucho también, resultará...

—Lo que ha resultado.

—¿Y no es una torpeza proporcionar armas y ayuda al enemigo ?

—Andrés, sin duda has perdido la razón, y no lo extraño, porque loco estoy yo también. Si el haber llevado al convento a mi hija lo consideras como ventaja que a nuestro enemigo hemos dado, te equivocas, y volveré a decirte que tan segura estaba allí como en mi casa.

—No consiste en eso la ventaja, señor.

—¿Pues en qué ? —preguntó con impaciencia don Pedro.

—En haber dado al travieso y audaz Querubín motivo de enojo.

—¡Vive el cielo!

—Porque así el hijo del señor de Guevara, considerándose libre de todo compromiso y queriendo vengarse, ha sacado del convento a mi señora, y, lo que es más, está decidido a proteger a Consuelo para que se cumplan los deseos de ésta y los de don Leandro.

—¿Has visto a Querubín ?

—He almorzado en su compañía, y muy descaradamente me ha dicho que todo lo que sucedió anoche es obra suya.

—¡Vanidades de niño!—replicó don Pedro, empeñándose en forjarse la ilusión de que el atrevido mancebo no era tan temible como parecía.

—Un niño, es verdad; pero tiene la osadía de decir... ¡Oh!... ¡Si no le he arrancado la lengua!...

—¿Qué ha dicho?

—Que vuestra señoría ha olvidado sus deberes de caballero.

—¡Miserable!

—Porque hizo vuestra señoría una promesa, y no la ha cumplido.

—Puesto que a tanto se atreve...

—Y a mucho más.

—¡Yo le haré comprender!...

—Señor, no hay que olvidar aquel refrán que dice...

—¡Basta, basta!

—Permítame vuestra señoría...

—¿Qué quieres?

—Recordarle que no hay enemigo pequeño.

—¡Un niño provoca mi enojo!..

—Y ha sido bastante para burlarse anoche de la comunidad de Santa Teresa.

—¡Tendrá que pedirme perdón!

—Antes me he permitido calificar de torpeza el haber convertido a Querubín en enemigo nuestro.

—Andrés—replicó don Pedro, que siempre era el mismo—, te perdono todas las necedades que acabas de decir.

—¡Gracias, señor!—respondió el sirviente con acento irónico.

—Los comentarios para nada nos sirven.

—Es que discurro para obrar con acierto.

—Concrétate a decirme lo que has averiguado.

—Don Leandro ha pasado la noche fuera de casa.

—Comprendo—repuso el comendador mientras apretaba los puños.

—Y a su casa ha vuelto en coche.

—Entonces, el cochero...

—Jura que el carruaje no se ha movido y que las mulas han dormido tranquilamente en la cuadra.

—¡Están vendidos esos bellacos!

—Y todos los criados, y el portero...

—¿Y qué dice la condesa?

—Sus habitaciones han sido registradas por el señor conde, y ella habrá representado admirablemente su papel, pues no hay quien me quite de la cabeza que tiene parte en la intriga.

—¡Imposible!

—Señor...

—¡Digo que es imposible, porque tengo poderosas razones para creerlo así!

—Pues bien; ahora no nos queda más recurso que espiar a don Leandro, a la condesa, al señor de Guevara y a su hijo, pues más o menos tarde han de llevarnos adonde se encuentra mi noble señora, y contra su voluntad han de darnos a conocer al seductor.

—Todo eso está muy bien.

—Si lo aprueba vuestra señoría...

—¿No se te ha ocurrido otra cosa?

—Nada más puede hacerse.

—Andrés, yo también tengo que decirte una verdad tan amarga como todas las verdades.

—Escucho, señor.

—¡Te has vuelto estúpido!

Mordióse el criado el labio inferior y guardó silencio. Don Pedro añadió:

—Si tu imaginación no te suministra otros medios, que el de convertirte en sombra de nuestros enemigos, pasaremos la vida yendo los unos tras los otros, y en-

tretanto mi hija en poder de su amante. ¡Vive el cielo!
¡Es menester más, mucho más!

—Otra cosa no se me alcanza.

—Puedes hacer lo que quieras, porque ya estoy aburrido, desesperado. ¡Oh! ¡El día que encuentre a mi hija!... ¡Poder de Dios! ¡No me obligará, porque volverá a un convento, será monja, y si por eso ha de morirse, todo habrá concluido, y yo quedaré satisfecho, porque antes es el honor que la vida!

Andrés quiso vengarse, y preguntó:

—¿Y es eso todo lo que a vuestra señoría se le ocurre para salir del apuro?

—¡Cuidado, Andrés; cuidado!

—Señor, voy a descansar, a reflexionar...

—¡Sí, déjame!

—Otra vez hablaremos de esas promesas que dice Querubín le hizo vuestra señoría.

—Asunto es ése que no te importa.

—Entonces, lo olvidaré.

—Y mucho ganarás en olvidarlo.

Quedóse el sirviente sin satisfacer su curiosidad, y no insistió, porque acababa de convencerse de que nada conseguiría.

Púsose en pie don Pedro, y empezó a pasearse mientras murmuraba palabras que no pudieron comprenderse.

Esperó algunos momentos Andrés, y como vio que su señor nada le decía, salió del aposento.

Cuando estuvo en el suyo, exclamó:

—¡Rayos y truenos! ¡Bien dice Querubín que el pícaro orgullo es la perdición de estos grandes señores! Yo sirvo, hago imposibles, y me paga con malos tratamientos. Afortunadamente, me queda el conde, con quien haré fortuna si consigo entregarle a Consuelo; y lo conseguiré, porque en esta empresa he de perder la vida si no logro triunfar.

Como vamos viendo, los mayores peligros amenazaban
2 Consuelo.

Mucho valía Querubín; pero tememos que algún traidor favorezca los planes de Andrés y los deseos del conde, y con más razón lo temeremos cuando conozcamos la escena que al día siguiente tuvo lugar, y que vamos a referir en el siguiente capítulo. Y perdona, lector, si por ahora no hablamos de María.

CAPÍTULO LXX

Policarpo tiembla, se aturde y cae en la red

Eran las ocho de la mañana siguiente.

El señor Policarpo trabajaba ya tras su biombo mientras a media voz entonaba unas alegres seguidillas.

Para él era inmejorable la situación, pues, gracias a la protección y generosidad de Leandro, el honrado sastre ganaba mucho, y, aun dándose muy buena vida, podía hacer ahorros que le permitieran descansar en los últimos años de su vejez.

¿No ambicionaba más el señor Policarpo?

Hemos dicho ya que era modesto, sencillo y hasta humilde. Con estas condiciones parece que nada debía ambicionar y que era, por consiguiente, un hombre incorruptible.

Empero hay que tener en cuenta que las apariencias engañan; y como no queremos equivocarnos, haremos observaciones antes de juzgar.

Posible era también que, a pesar de su honradez, el señor Policarpo, cuya candidez era excesiva, cometiese alguna torpeza y se dejase engañar, lo cual constituye otro peligro para la infeliz Consuelo.

Cosía y cantaba, repetimos, cuando por la ventanilla se dejó ver el rostro del criado del comendador.

Algunos momentos después, y desplegando una sonrisa maliciosa, dijo el sirviente:

— ¡Dios os guarde, señor Policarpo!

Levantó la cabeza el sastre, miró sorprendido al astuto Andrés, y respondió:

— ¡Buenos días!

— ¿Me conocéis?

— Creo que sí.

— ¿No os han dicho nunca que a la criatura le amenazan mayores peligros cuando menos los espera y más tranquila está?

— ¡A cualquiera pondrían en gran cuidado vuestras palabras!

— ¿Y a vos no?

— Si he de deciros la verdad, algo me inquietan, porque, como me considero libre y estoy alegre y tranquilo, parece que habéis querido advertirme que algún peligro me amenaza.

— Tal vez.

— Entrad si os place, y hablaremos.

— Señor Policarpo, lo que más miedo me infunde son dos cosas: los curiosos y las casualidades.

— Mi curiosidad me parece justificada.

— No es la vuestra la temible, sino la de alguno que por casualidad acierte a venir mientras hablamos.

— ¡Entiendo!

— Si queréis dejar el trabajo y acompañarme a la taberna, o subir a vuestra habitación, me explicaré.

Empezó el sastre a perder la tranquilidad, porque no estaba dotado de mucho valor.

— Os seguiré—dijo.

— Pues guardad esos trapos, que tiempo os queda para trabajar.

Así lo hizo Policarpo, subiendo la espuerta y la silla

a su habitación, tomando la capa y el sombrero y bajando inmediatamente.

No ignoraba que Andrés favorecía los planes del conde de Rocanegra, y esto era un motivo más para que temiese alguna desgracia, pues bien sabía que el conde no reparaba en los medios cuando quería satisfacer algún capricho.

En aquellos momentos debió llegar Querubín; pero quiso la fatalidad que no llegase.

Salieron de la casa y fueron a la cercana taberna, donde en el rincón más oscuro se colocaron, pidiendo vino, sardinas y jamón.

No era Policarpo bebedor de primera fuerza, y a poco vino que tomase se trastornaba.

Tal vez con esto contaba el sirviente, que no era contar con poco en semejante situación.

Principiaron por beber, brindando cada cual por la salud del otro.

Andrés dio principio a la conversación:

—Señor Policarpo, mejor que yo sabéis que la hija de la señora Mariana ha tenido la debilidad de dar oídos a los galanteos del señor don Leandro de Sandoval.

—Algo he podido entender de eso.

—Tampoco ignoráis que el señor conde de Rocanegra está hecho una furia contra su hijo.

—Lo cual reconoce por causa...

—¿Qué?

—Yo me entiendo.

—Respeto vuestra reserva; pero adivino lo que calláis.

—Si lo habéis adivinado...

—Olvidáis el vino, señor Policarpo.

—¡A vuestra salud!

—¿Y el jamón?

—¡Bueno está!

—Bebamos otra vez, que sería un crimen despreciar este vino manchego, que ni siquiera de lejos ha visto el agua.

—No lo desprecio.

Y otra vez bebió el honrado sastre.

El criado prosiguió diciendo:

—Cualquiera que sea la causa del enojo del conde, lo que nos importa es el resultado.

—Entiendo: lo que más nos interesa es su enojo; y como aseguran los murmuradores que el señor conde de Rocanegra...

—¡Es un hombre muy temible!

—¡Dios nos libre de su cólera!

—Ha dado a su hijo muchos consejos.

—Y nada habrá conseguido.

—¡Nada!

—Como que el señor don Leandro ha perdido la cabeza por la pobre Consuelo, y a los locos es inútil predicarles. Y la verdad es—añadió el sastre, a quien el vino hacía cada momento más lócuaz—, la verdad es que la hermosura de Consuelo puede trastornar la cabeza más firme. ¿No la conocéis?

—Una vez la he visto por casualidad.

—¿Y no sois de mi opinión?

—Sí.

—Además, su virtud...

—Es un ángel, no lo ignoro, y por eso y por sus desgracias me interesa mucho su suerte.

—Me agrada oírlos hablar así.

—Menester sería no tener corazón para mirar con indiferencia a esa infeliz criatura.

—Ciertamente.

—El conde se ha cansado de predicar—dijo Andrés mientras llenaba los vasos.

—Eso había de suceder algún día—respondió el sastre.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, bebió.

Luego se restregó los ojos.

—Pues, como os decía, cansado el señor conde de predicar inútilmente, ha decidido adoptar una resolución enérgica.

—¿Y qué hará con su hijo?

—Nada con él; pero mucho con la pobre Consuelo, y algo muy desagradable con vos, por la parte que habéis tomado en este asunto.

Brincó el señor Policarpo como si la silla tuviese alfileres.

—¡Dios misericordioso!—exclamó.

—Tranquilizaos, que todo puede arreglarse si ponéis en práctica mis consejos.

—¡Decid!

—El señor conde tiene grandísima influencia.

—¡Desgraciadamente, es verdad!

—Y le sobran medios para hacer que la justicia, con un pretexto cualquiera, encierre a esas dos mujeres.

—¡Señor Andrés!

—Si esto presenta algunas dificultades, queda el recurso de la Inquisición, lo cual se arregla fácilmente, pues basta dar un puñado de oro a tres o cuatro desalmados para que declaren lo que convenga.

Lívido se tornó el rostro de Policarpo, que abrió desmesuradamente los ojos y fijó en Andrés una mirada de terror profundo.

—¡La Inquisición!—murmuró el desdichado.

—Ni más ni menos.

—Yo probaré que soy buen cristiano; y en cuanto a mis dos pobres vecinas...

—Pero mientras lo probáis o no, en los brazos del Santo Oficio estáis; sin contar con que por cada tes-

tigo que en vuestro favor declare pagará el conde otros dos que digan lo contrario.

—¡Pero eso es una iniquidad!

—Por lo mismo quiero evitarla.

—Preciso es que el señor conde...

—No tiene conciencia y le sobra el dinero. Seguro podéis estar de que, saliendo bien del negocio, no escaparéis sin que os condenen siquiera a llevar el sambenito por algunos años.

El sastre se pasó la mano por la frente.

Temblaba y no sabía qué responder.

—¡Bebed, que estáis sofocado!—le dijo el sirviente.

—¡No sé lo que me pasa!

—Escuchadme, y acabaréis de comprender la situación.

—¡Ya la he comprendido, y no puede ser más horrible!

—Todo tiene remedio menos la muerte.

—¡Peor que la muerte es la Inquisición!

—Sí; porque allí a los inocentes que se niegan a reconocer crímenes que no han cometido, los descoyuntan para obligarlos a declarar.

—¡Horror!

—Y para consolaros, os diré lo que no sabéis.

—¡Acabad, acabad!—repuso el sastre.

Y exhaló un penoso suspiro.

—Mi noble señor—dijo Andrés—, por razones que ahora no son del caso, quiere librar a vuestras pobres vecinas del peligro que las amenaza.

—Algo tengo entendido de eso.

—Me alegro mucho, porque así no dudaréis de mi buena fe.

—¿Y nos protegerá vuestro noble señor?

—Con ciertas condiciones.

—Todas las aceptaré.

—Hemos convenido en que yo aparente servir al conde dándole esperanzas de que conseguiremos hacer salir de la corte a vuestras vecinas.

—Entiendo.

—Con vuestra ayuda representaremos la comedia; y cuando las dos pobres mujeres estén en vuestro poder y sueltas...

—Pero yo...

—Os ocultaréis también.

—¡Eso sería mi ruina!

—¿Olvidáis que el señor don Pedro de Saavedra tiene mucho dinero y es generoso?

—No lo olvido.

—Entonces...

—¡Perdonad!

—¿Qué se os ocurre?

—Las mujeres son tenaces.

—Mucho.

—Y si están enamoradas...

—Más todavía.

—Me parece que aunque yo hable a Consuelo de la Inquisición...

—¿No tendrá miedo?

—Creo que no.

—¡Parece imposible!

—Si la conocieseis como yo la conozco...

—¡No importa!

—Si ella resiste...

—Si creéis que ha de resistir no le diremos una palabra.

—¿Y cómo se librará del peligro?

—Suponed que sabéis positivamente que han de asesinarme si permanezco aquí algunos minutos más. ¿Qué haríais?

—Advertíroslo.

—¿Y si yo me reía de la advertencia?

—Cumpliría mi deber, y aunque fuese empleando la fuerza, de aquí os sacaría.

—¿No sería eso un abuso?

—Si yo os hacía un beneficio, mi conciencia quedaría tranquila, y después vos me daríais las gracias.

—Discurrís admirablemente.

—Cualquiera haría lo mismo.

—Pues ese sistema pondremos en práctica para salvar a la desgraciada Consuelo.

—¡Ah!

—Y si ella se oculta, aunque su madre quede en Madrid, no importa, puesto que la madre no es la que al señor conde le interesa.

—¡Tenéis más talento que yo!

—Para conseguir lo que deseamos, pueden emplearse muchos medios.

—Y después de todo eso, ¿qué sucederá?

—Mi noble señor tomará parte en el asunto; y como no es un pobre diablo como nosotros, hará desistir al conde de lo que no hay necesidad de decir ahora.

Reflexionó el señor Policarpo en cuanto le era posible reflexionar, y dijo luego:

—¡Necesito desaturdirme!

—Pensad que, sobre hacer un beneficio, haréis vuestra fortuna.

—¡Todavía no me atrevo a decidirme!

—Voy a concluir. Hay otra persona no menos tenaz que Consuelo, y que si llega a saber lo que hemos tratado, nos pondrá toda clase de estorbos.

—¿A quién os referís?

—Al hijo del señor de Guevara.

—¡Oh!

—¿Es travieso?

—Y audaz.

—¿Le conocéis bien?

—¡Líbreme Dios de decirle una palabra sobre este asunto!

—¡Nos hemos entendido!

El señor Policarpo empezó a tranquilizarse.

Siguieron hablando, comiendo y bebiendo, y convinieron al fin en verse otra vez al día siguiente, pues el sastre quería meditar muy detenidamente antes de adoptar una resolución.

Salieron de la taberna.

Separáronse.

Tomó hacia Platerías el sirviente, y muy pensativo volvió a su casa el sastre.

CAPÍTULO LXXI

De cómo María, sin saberlo, hizo a la condesa un gran beneficio

Ocho días pasaron de completa calma; pero una calma aparente, engañosa y precursora tal vez de grandes borrascas.

El astuto Andrés había conferenciado varias veces con el cándido sastre, y éste se encontraba a todas horas muy preocupado, viéndose algunas mañanas en su rostro las señales inequívocas del insomnio, lo cual probaba que su intranquilidad era cada vez mayor.

Además, el astuto sirviente había espionado a la condesa y a Leandro, y valiéndose de un amigo suyo, a quien pagó con largueza, hizo también espionar al señor de Guevara y muy particularmente a Querubín.

Nada consiguió con esto, pues nuestros amigos fueron muy prudentes y habían agotado toda clase de precauciones.

Del comendador nada decimos, porque fácilmente se comprenderá su desesperación.

Meditaba a todas horas para contrarrestar el golpe y para tomar venganza; pero no encontró ningún medio que le pareciese de seguro resultado.

Durante aquellos ocho días la condesa no había querido ir a ver a María, porque temió, muy fundadamente, que se hicieran peligrosas observaciones; pero una tarde, después de comer, y puesta de acuerdo con su hijo y sus amigos, salió en su carruaje.

A la casa de campo de que hemos hecho mención iba frecuentemente la condesa sin otro fin que el de pasar algunas horas en aquel delicioso sitio, y, por consiguiente, a nadie podía extrañar que allí se dirigiese aquella tarde.

La casa de campo estaba en las cercanías de Hortaleza, y con buenas mulas podía irse en media hora lo más.

¿Cómo se encontraba María?

Veíase libre de la tiranía de su padre, y, sin embargo, sufría mucho y debía considerarse quizá más desgraciada que nunca.

Debemos recordar que perdió el sentido cuando vio en el convento a Querubín, y que no lo recobró sino después que estuvo en la calle.

Entonces ya era tarde para retroceder.

Si hubiera podido la joven disponer de su voluntad, ¿qué habría sucedido?

Casi nos atrevemos a decir que el valor le habría faltado para seguir a su amante.

La energía de espíritu de la hija del comendador la conocemos ya; pero sabemos también que era excesivamente escrupulosa en cuanto se relacionaba con su decoro y recato y con el respeto debido a la autoridad de su padre.

A pesar de su intensa pasión y de todos los peligros que le amenazaban, María no se hubiese atrevido a salir a media noche del convento entregándose a merced de Querubín, por más que éste hubiese dado pruebas de que la respetaba.

Cuando recobró el sentido estaba tan aturdida, que no acertó a darse con claridad cuenta de la situación gravísima en que la había colocado la audacia de su amante.

Dudó la infeliz si todo aquello era un sueño. Fue conducida a la casa de campo.

Amaneció.

Desaturdióse al fin María, se convenció de la realidad y se sintió horrorizada.

¿Qué sería de su reputación ?

Sin mancha estaba su honra; pero no era esto bastante para que se tranquilizara su conciencia.

Vio a su alrededor personas desconocidas que la trataban con el más profundo respeto, pero con las que no podía hablar de su situación, proporcionándose así un desahogo y acertados consejos.

¿Qué le era posible hacer para remediar el mal ?

¡Nada, absolutamente nada!

Su padre tendría ya noticias del grave suceso, y, por consiguiente, nada conseguiría la joven con volver a su casa diciendo que estaba arrepentida.

Conocía demasiado bien al severo anciano, que jamás perdonaría aquella falta, pues para que se mostrase clemente era preciso darle la prueba de que su hija no había salido del convento por su voluntad.

Para hacerlo así hubiera sido menester acusar al atrevido mancebo, y antes que acusarle, prefería morir la joven.

Reflexionó la infeliz.

Buscaba una solución, y no la encontraba.

Quiso luego consolarse con alguna esperanza risueña.

¡Esperanzas!

No había ninguna de dicha.

¿Qué había conseguido al rebelarse contra su padre y salir del convento?

Ni aun así podía realizar lo que anhelaba, puesto que sin el permiso del comendador no podía ella unirse a Querubín.

El tiempo pasaría, y como no había de estar eternamente María en la casa de campo, tendría que someterse al fin; sin contar con que el tiempo era un peligro, pues don Pedro concluiría por averiguar dónde se encontraba su hija.

Lo repetimos: nunca había sufrido tanto la sensible joven; nunca había sido tan desgraciada.

Con ansiedad inconcebible esperaba a todas horas a la condesa; pero los días pasaban sin que se presentase la madre de Leandro.

¿No habían cometido nuestros amigos una ligereza?

Casi puede decirse que sí, aunque no debe olvidarse que a toda costa necesitaban evitar el casamiento de Leandro; y como se había fijado un plazo y éste se cumplía, apelaron al único recurso que les quedaba, por más que fuera el recurso de la desesperación.

El que se ahoga no vacila por asirse al primer punto de apoyo que encuentran sus manos.

Muchas veces por huir de un peligro se cae en otro mayor; pero el que huye aturdido y poseído de pavor no puede reflexionar, ni se detiene para examinar el sitio donde pone los pies.

Hechas estas reflexiones para que se comprenda bien el estado moral de María, diremos que la condesa llegó a la casa de campo, entró en el aposento donde la joven se encontraba, y la abrazó, mientras le dirigía palabras muy cariñosas.

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. Meen	Ruñidos	11	J. Meen	El corazón secuestrado
2	"	El botón por sacrificio	12	"	Roulettable en Rusia
3	"	¡Por ella!	13	LE MOINE	El naufrago del espacio
4	"	La astucia de una mujer	14	"	Al astro espantoso
5	"	La venganza del Destino	15	SINDEQUE	El capitán Lagarde de Jarzac
6	"	El secreto de Mari-Rosa	16	"	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	"	Ultraje Mortal	17	"	La marquesa dolorosa
8	ESTAMPA	Las cosas ven	18	"	La favorita
9	J. Meen	El hijo de María	19	"	El misterio de miraflores
10	"	"	20	"	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÓSTRA

2.50 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS